

Don Egidio y la *Eneida*

HERNAN POBLETE VARAS
(De la Academia Chilena de la Lengua)

No me resulta fácil hablar de mi propio padre porque siempre hay el riesgo de que la perspectiva del amor filial distorsione o perturbe una imagen, que desearía tan nítida y bien perfilada. Y no hablaría de él si no existiera una razón que supera sentimientos: era un hombre ilustre, un erudito y forjó a lo largo de su vida una obra tan vasta y profunda que permite agregar a la calidad de padre aquella de maestro. Voy a escribir, pues, sobre un maestro y su obra con la devoción del que tuvo la fortuna de estar muy cerca de él.

Nació don Egidio Poblete Escudero en la ciudad de Los Andes, lugar originario de su familia materna, el 7 de noviembre de 1868. A los catorce años ingresó al Seminario de Santiago, acontecimiento que si bien pudo marcar sentimentalmente la vida del muchacho —separación de la familia, existencia en ciudad extraña, rígida disciplina escolar— fue mucho más que eso, pues imprimió en él un sello que perduraría. Allí, en el Seminario, estudió latín bajo el maestrazgo inimitable de don Manuel Antonio Román, estricto conocedor de la lengua de Roma y notable investigador de la criolla. Sus años de seminarista fueron breves y no fraguaron en carrera religiosa. En 1891 comenzó a estudiar Derecho, con todas las dificultades propias de un hijo de larga familia pobre cuyo padre había fallecido recientemente.

El joven estudiante encontró alero para sus insuficiencias presupuestarias en el Pensionado de San Juan Evangelista, que le sirvió de morada. Un episodio tragicómico puso fin, entonces, a sus perspectivas de leguleyo: Una noche el joven Poblete fue invitado a una fiesta en casa de amigos san-

tiaguinos. Se colocó sus mejores galas y —con el chaqué y la corbata plastrón de la época— abandonó el pensionado con el alegre ánimo del que va a pasar un rato agradable en fraterna compañía. Cuando regresó, horas más tarde, del Pensionado de San Juan Evangelista no quedaba nada; allí había sido un apocalipsis, a la medida del patrono: un violento incendio acabó con el pensionado, con las escasas ropas, con las magras economías estudiantiles, con los libros de texto, con las traducciones de Stecchetti realizadas con amor y galanura, en fin y según parece, con los primeros intentos de una traducción de *Eneida*.

Y así volvió, de chaqué y sin un peso, a su terruño y a su casa el muchacho que estaba a punto de ser abogado. Bendito incendio, si se mira con la perspectiva del tiempo, pues desde entonces todo ocurrió de otra manera y el destino de estudiante se trocó en carrera meteórica, capaz de producir vértigos a cabeza menos sentada y a un espíritu menos humilde: secretario municipal y director del periódico *La Restauración*, en Los Andes; director del diario *El País* en Concepción, y en 1899 redactor y luego director de *La Unión* de Valparaíso. Durante veintitrés años fue el conductor o el inspirador del diario que recibió con poco más de cinco mil ejemplares de tiraje y entregó con cuarenta mil.

Fueron veintitrés años en los cuales desarrolló una actividad asombrosa en la prensa, la literatura, la docencia superior, la crítica musical, la orientación económica, la política militante. En fin: nada parecía estar fuera de sus ámbitos. Se podría afirmar que su capacidad de trabajo, conservada hasta poco antes de morir, era inagotable. Basta con observar la labor desarrollada en *La Unión*: Escribía personalmente casi toda la página editorial; redactaba personalmente los reportajes que le parecían de mayor importancia; concurría personalmente allí donde se producían las grandes noticias. Aparte de sus labores de rutina —aquellas destinadas a mantener un diario absolutamente al día y capaz de *golpear* como se dice en la jerga periodística— el inquieto director entendía que un diario debe dar algo más a sus lectores. Como poseía vastos conocimientos musicales, asumió las funciones de crítico, en las que fue temible por su erudición. Pero un periódico debe dar todavía más: hay que entretener al público dominguero. Don Egidio comenzó a publicar todos los domingos cuentos de escritores famosos, no siempre fáciles de obtener y, por lo general, mediocrementemente traducidos ¿Y Chile? ¿Cómo no contar a Chile sus tradiciones, leyendas, supersticiones, consejas y anecdotario provinciano, tan rico en humanidad y colorido? Eso faltaba. Don Egidio asumió por sí mismo la tarea y, semana a semana, *La Unión* fue publicando sus *Cuentos del Domingo* que hicieron famoso el pseudónimo

de Ronquillo y llegaron a ocupar seis volúmenes de ocho o más cuentos cada uno.

Y no es todo. En cierta ocasión, le anunciaron que se había acabado el “folletín”, pieza vital en el periodismo de la época: mucha gente compraba el diario sólo por seguir las andanzas —generalmente sentimentales— de los protagonistas, que se daban *por entregas* cotidianas. No había, en el momento, nada de qué echar mano. Pero ahí estaba él. Y así fue como *La Unión* dio a sus lectores una novela original: *La avenida de las acacias*, a cuyo autor calificó Cejador de fecundo novelista popular.

El cine daba sus primeros pasos en esos años. Era un medio nuevo de expresión, cuyas posibilidades entonces apenas sí se vislumbraban. Don Egidio las vislumbró y, sin más, se hizo financista, productor y guionista de una de las primeras películas nacionales: *La avenida de las acacias*.

Todavía hay que agregar que, durante los meses de octubre y noviembre de 1914, publicó una serie de artículos en los que analizaba y presentaba al público chileno los antecedentes políticos, económicos, bélicos, etc. de la Primera Guerra Mundial, firmados por “Canciller”.

Este cúmulo de actividades habría sido más que suficiente para un trabajador abnegado. No para él. Aparte de sus labores periodísticas y literarias, contribuía a formar el Curso de Leyes de los Sagrados Corazones (hoy asimilado a la Universidad Católica de Valparaíso) y, sin ser abogado, ejercía en él las cátedras de Derecho Industrial y Hacienda Pública y años más tarde el decanato. Además, dictaba clases de literatura en la Escuela Naval.

Si en la enseñanza, en los artículos editoriales, en la crítica musical, en los comentarios sobre economía, política nacional e internacional era docto y profundo, hondamente severo y con un gran sentido pedagógico, en los cuentos, las novelas y la polémica era un cáustico humorista que hacía temblar al adversario y reír a carcajadas a los lectores de toda índole. Refiriéndose a él, escribía en 1905 don Roberto Huneus: “A través de la nueva generación de intelectuales se destaca brillantemente la ingeniosa personalidad de don Egidio Poblete; escritor que, con la firma de Ronquillo, podrá merecer el calificativo de Mariano José de Larra de la literatura nacional. Desde los tiempos de Jotabeche y sin más excepción que la breve primavera literaria de Daniel Riquelme, no habíamos tenido jamás un humorista superior al laborioso y espiritual Ronquillo”.

Pocas huellas han quedado, desdichadamente, de esa labor que popularizó un pseudónimo y le valió al autor las más variadas comparaciones, ya con Mariano José de Larra, ya con Mark Twain (de quien podía tener el humor, pero no la soterrada amargura), ya con Jotabeche, ya con Daniel Riquelme. Apenas hay un libro que data de 1905: *Humoradas*, que recoge se-

tenta y tres artículos. Si pensamos que Ronquillo mantuvo permanentemente su actividad periodística hasta 1922 podemos imaginar la cantidad de páginas, muchas de ellas de antología, que se han perdido en la efímera vida del diarismo y que nadie, hasta ahora, ha procurado rescatar.

Y entretanto, ¿qué ocurría con el latín y con la *Eneida*? La antigua vocación del ex seminarista no había desaparecido. Las obras de Virgilio eran y fueron hasta el fin de sus días el libro de cabecera que alternaba con las lecturas propias del hombre ansioso de saber y de enseñar. Alguna vez reinició la traducción del poema latino y logró verter los dos primeros libros en endecasílabos sueltos pero, en el tráfago de papeles de una vida abrumada de trabajos, la versión incipiente se perdió.

Es curioso observar esta especie de juego del destino, este vaivén, este estira y afloja que, a lo largo de muchos años de vida, le presenta la tentativa nunca olvidada de traducir la *Eneida*. Desde los días adolescentes del Seminario, la idea está próxima; le persigue durante la juventud; se le presenta en la madurez; llega a convertirla en realidad, para verla condenada al silencio del escritorio, cuando sobrepasa los cincuenta años; sólo en la vejez culmina su labor. Podría decirse que a lo largo de su vida fue la *Eneida* un *leit-motiv* que marcó el ritmo de su gran deseo y de su única ambición.

¿Por qué Virgilio? ¿Por qué la *Eneida*?

Hay cierto paralelismo, ciertas similitudes espirituales que explican, más que el puro amor por la obra literaria, la honda devoción del traductor por el épico latino. En un apunte de sus últimos años, el traductor hace notar esta hermandad, esta afinidad que lo aproxima al poeta mantuano: “mirando dentro de mí mismo, he visto que, junto con ser un escritor humorista (aptitud que heredé de mi padre) tengo un forro interno de melancolía y lo he tenido siempre. Tal vez ello concorra a explicar el que haya podido penetrarme del espíritu melancólico de Virgilio, sentirlo muy adentro y no desbarrar mucho al hacerlo pasar a mis versos”.

En efecto, el tono y el ánimo melancólico son una nota constante en las obras virgilianas, palpables en las suaves armonías de las *Eglogas* y las *Geórgicas* y preponderantes en el poema épico. El espíritu de compasión, el profundo conocimiento del dolor, la simpatía (en el más estricto sentido, esto es la comunidad en el *pathos*) son rasgos característicos del poeta mantuano. Los ojos con que Virgilio contempla en su poema la destrucción de Troya, la tragedia de Dido, las visiones del Averno, los combates y las muertes de guerreros, el violento final de Turno, más que los de un poeta épico son la mirada tierna —*lacrimae rerum*— de un corazón compasivo, que hace suyas las miserias que relata y el desvalimiento de los héroes que su pluma describe. No es la gallardía de la épica homérica ni son las tinieblas iluminadas por

el destino de la tragedia griega: hay una forma nueva de dolor, de condolerse, que parece responder a otras épocas de mayor fraternidad que a los tiempos implacables de la *Moirá* y de las virtudes estoicas.

De igual modo, había en mi padre un sentimiento profundo (la *melinconía* que Durero dibujó con rara poesía) en el trasfondo de su espíritu humorístico y de su sabiduría humanista y científica. La mirada de sus ojos traslucía una tristeza interior penetrada de ternura, que daba un tinte misericordioso y dulce a todas las alegrías y a todas las humoradas de que era capaz.

Tal similitud espiritual contribuyó, sin duda, a la enorme comprensión establecida a través de los siglos y ella hizo posible que su versión del poema virgiliano conservara, con la frescura de la creación reciente, el ánimo y el *pathos*, el ritmo interior y el *tempo*, si no la forma estricta de la obra original.

Pero todavía hay algo más que consolida esta aproximación fraterna, y es la personalidad del héroe. Comparado con sus antecesores de la épica griega —prepotentes, eufóricos, sensuales, astutos, belicosos, implacables— Eneas aparece con un carácter muy opuesto, que el poeta definió con un término que repite incansablemente: piadoso. Trasunto del autor, el personaje no es el guerrero a la manera de Aquiles, ni el fino embaucador y diplomático, a la manera de Ulises. Como dice Robert Williams: “Dos temas, el destino de Roma y el sufrimiento humano se entremezclan en el carácter de Eneas: una figura solitaria que lucha contra la fragilidad humana para llevar a cabo una misión divina y que la realiza, al fin, gracias a su devoción por el deber, su *pietas*. No posee la autosuficiencia de un héroe homérico; persevera hasta el final, para cumplir una tarea que está casi más allá de su propia fuerza: *Tantae molis erat Romanam condere gentem*: ‘tan pesada era la tarea de fundar la nación romana’”.

Esta obediencia a una vocación, este espíritu creyente que conduce sus actos y que de él hace el *piadoso Eneas* no podía ser indiferente a un hombre de tan acendrada formación religiosa como fue su traductor chileno. Ni podían serle extrañas tampoco esa serie de circunstancias misteriosas que han hecho ver en Virgilio una nota de cristianismo precursor, expresado de modo sobrecogedor en su Egloga IV, que anuncia una edad de oro gracias al nacimiento de un niño que traerá la paz al mundo. Profética o no, la Egloga trasunta la aspiración interior de un hombre que busca la paz y la armonía espiritual por vías que no eran las naturales en el pensamiento de su tiempo ni en las costumbres del Imperio.

Por último, hay una coincidencia puramente anecdótica que parece subrayar la hermandad entre el poeta latino y su traductor: Publio Virgilio

Marón nació en una aldea cercana a la ciudad de Mantua, llamada *Andes* (hoy Piétola). Y su traductor, en tierra tan lejana e ignorada, vio la luz en la ciudad de *Los Andes*. Uno piensa, con Pascal: “todo concurre”.

A pesar de tanto amor, el libro permanecía sin traducir, siempre postergado por el tráfigo de las ocupaciones diarias. ¿Cuántas veces lo leyó? Podía recitar de memoria y sin vacilaciones párrafos y páginas enteras. Estaba a su lado, en el escritorio y en la cabecera de su lecho. Conoció, anotó y criticó una a una todas las traducciones al castellano y al francés que llegaron a sus manos. Leyó a cuanto exégeta se ha preocupado de Virgilio y de su obra. Llegó el instante en que la compenetración fue perfecta, y entonces la traducción brotó libremente, a raudales, como si fuera ya imposible poner vallas al impulso interior que pugnaba por convertirse en obra. Fue en el año 1919: don Egidio tomó el libro en sus manos, puso un escribiente a la máquina y comenzó la tarea. Durante tres meses, varias horas al día, mientras se paseaba envuelto en su capa española y en la impenetrable nube de humo del empedernido fumador, fue dictando directamente el texto en versos endecasílabos, mientras leía para sí el texto latino. Culminó allí su obra, poniendo en este mundo una de las traducciones más perfectas del poema virgiliano.

Si dar cabo a la traducción tantas veces pensada fue obra de apasionado y vertiginoso trabajo, imprimirla significaba vencer barreras más difíciles que las del idioma latino. Como diría años más tarde “ya estaba resignado yo a que mi traducción quedara inédita, porque no son propios estos tiempos para obras antiguas y de clásico carácter y tan distantes de los gustos del día”. En vano luchó con las editoriales, en vano buscó amparo oficial: no había empresa que se interesara por la obra ni político que arriesgara una decisión de gobierno en algo tan exótico como publicar un libro: ¡más fácil es pavimentar calles o acordar subvenciones al gusto de las influencias momentáneas que arriesgar dinero en cosas del intelecto! A pesar de las perdidas esperanzas, la obra no fue abandonada: año tras año, dos veces cada año, era objeto de una prolija revisión y vuelta a pasar en limpio, según las correcciones, la iban puliendo, remadurando, mejorando.

Y todo habría parado allí a no ser por la intervención de dos amigos fieles: el erudito don Luis Thayer Ojeda y el abogado don Enrique Romání. En silencio, sin que el beneficiario de su estupenda generosidad se enterara, echaron a correr por Valparaíso la idea de allegar fondos para que la magnífica traducción fuera publicada. La respuesta fue conmovedora, gigantesca: personalidades, empresas, seres anónimos, comerciantes, obreros, damas de alcurnia, lectores desconocidos, todos contribuyeron con maravillosa espontaneidad, y la obra fue publicada: habían transcurrido dieciocho años, pero don Egidio tenía en sus manos, pulcramente editada, la traducción de la

Eneida. La sombra del “altísimo poeta” retornaba y bien podía él saludarla con las palabras del Dante:

“Tu duca, tu signore e tu maestro”

Muy poco más tarde la Real Academia de Italia le otorgó el Premio Roma a fin de que —como se lee en el diploma— “en el día natalicio de Roma el pueblo chileno y el pueblo italiano recuerden a la Madre común”.

Como en los atardeceres del invierno, al cabo de una larga jornada de trabajos abnegados y duros, el sol de la gloria “miraba para atrás”. Era una culminación y era un final. Sus días ya estaban contados y al acontecer radiante de la publicación sucedería la muerte, apenas dos años después. La tarea estaba cumplida.

